

se impresionado hondamente. Doña Carmen lo comprendió.

—Y bien, ¿qué quieres que haga?

—Primero, que perdones á Alfonso. y después, que le des trabajo.

—Le doy mi perdón; pero no quiero ni puedo ni debo devolverle mi confianza.

—Tu perdón me basta por ahora; su arrepentimiento y buena conducta le granjearán lo demás.

—¡Dios lo quiera!

—Pero ¿qué va á hacer Alfonso encerrado aquí y sin trabajar?

—Irá á trabajar de meritorio á la casa donde le mande.

La madre creía sinceramente en la enmienda de su hijo, el padre desconfiaba; pero ambos se forjaban ilusiones y los consoló la esperanza.

XI

La dulce melancolía de Lupe, si algo marchita la frescura de su rostro, realza las virtudes y fortalece el carácter de la joven. Casi ha perdido la esperanza. ¿Qué va ella, pobrecita, á turbar tanta felicidad? Antes pedía á Dios, con el fer-

vor de una alma enamorada, que la quisiera Guillermo; hoy sólo le pide que le dé resignación y fortaleza; y ha llegado su abnegación hasta pedirle por la ventura de los novios.

Alfonso no era antipático á Lupe, pero tampoco había sentido por él especial afecto, y estaba segura de que no lo sentiría. Guillermo era su primero y único amor, y hubiera afirmado, ante la presencia de Dios mismo, que no había sobre la tierra un hombre que igualara á Guillermo. ¿Cómo había de querer á otro? ¿Por qué, pues, á Doña María le gustaba para esposo de su hija, otro que no era Guillermo? Doña María pensaba que su hija no había sentido aún las fuertes impresiones del amor. Jamás le hubiera hablado de Alfonso si ella hubiera sabido que Lupe amaba á Guillermo; más no, no lo sabrían nunca, ni ella, ni Guillermo, éste menos que nadie. En esto pensaba Lupe, mientras el ganchito moviase rápido en sus manos y trocaba las hebras de hilaza en círculos con una estrella realzada en el centro; de vez en cuando, la joven veía á su madre que, junto á ella leía, sentada en cómodo sillón. Doña María cerró el libro y se quedó contemplando á su hija.

—¿En qué piensas, mamá?

—En tu felicidad.

—No somos desgraciadas. Es cierto que desde la muerte de mi padre hay un vacío en casa; pero me parece que su sombra paterna vela por nosotras. Yo, como si le tuviera cerca de mí, hablo con él todas las noches.

—¿Y qué le dices?

—Que nos cuide desde el cielo; que te dé paz y alegría, y á mí... pues... y á mí... que se cumpla en mí la voluntad de Dios.

—¡Ay, hija mía! el día que yo te falte, y presiento que ha de ser pronto, te quedarás sola en el mundo.

—Dios no falta á nadie.

—Es verdad; pero quiere que seamos previsoras. Quizá tienes ahora una buena oportunidad de asegurar tu porvenir, oportunidad que en lo futuro puede no presentarse tal vez.

—¿Lo dices por Alfonso?

—Precisamente por él lo digo.

—Bien, mamá; estaba enteramente resuelta á no corresponder á su amor; pero, por tí, únicamente por tí lo pensaré.

—Yo represento, hija mía, para tí, la autoridad de Dios sobre la tierra; has sido siempre dócil, amante, buena, y una vez más te bendigo en el nombre del Se-

ñor; y de su parte te prometo la felicidad en el tiempo, en cuanto es posible obtenerla en esta tierra de donde por providencia de Dios está casi siempre desterrada, y sobre todo, la perdurable felicidad en la verdadera vida cuya entrada es el sepulcro.

En ese momento, Paula anunció una visita.

—¿Quién es? le preguntaron á la vez Doña María y Lupe.

—Doña Carmen ha preguntado por usted.

—¿Por mí? interrogó Lupe.

—No, por la señora su mamá.

—Entonces vaya usted, mamá; yo iré á saludarla después. Mientras me pondré otro traje y me arreglaré un poco el peinado.

Doña María alisóse las grises hebras de la cabeza, y fuése á la sala.

—Buenas tardes, le dijo á Doña Carmen, esperaba ya con ansia el cumplimiento de su promesa.

—No estaba yo menos ansiosa, repuso la aristocrática señora, correspondiendo al afectuoso saludo de Doña María.

—¿No vino María Teresa?

—Las jóvenes necesitan mucho tiempo para arreglarse antes de salir á la

calle, y no quise invitarla; vendrá otro día.

Doña Carmen ocupó el asiento de preferencia que le indicó Doña María, y ésta sentóse junto á ella.

—¿Cómo está Lupe?

—Bien; ya vendrá á saludar á usted; ¿Y el esposo de usted, y Alfonso?

—Aquel, bien; éste....

—Qué, ¿está enfermo Alfonso?

—Sí.

—Nada sabíamos; pues, qué le ha pasado?

—No hay por qué alarmarse; está enfermo del corazón. Según me ha dicho, ha tenido, no sabe si la dicha ó la desventura de enamorarse. Su única ilusión es establecerse y casarse y vengo á consultar á usted qué haré con mi Alfonso.

—¿A mí?

—Mejor dicho, vengo á buscar una aliada para que me ayude á dar la felicidad á mi hijo.

—No comprendo.

—Usted es madre, señora, y sabe muy bien que los infortunios de nuestros hijos son nuestros; más aún: son más nuestros que de ellos. Yo veo á mi hijo sufrir, devorado por una tenaz melancolía, y no he vacilado en hablar á usted.

—¿En qué puedo servirla?

—Alfonso ama á la hija de usted, ama á Lupe y creo en la sinceridad de ese amor. Si lo que Alfonso anhela puede obtenerse, sin ningún sacrificio por supuesto, ¿por qué no me ha de ayudar usted?

Doña María bajó los ojos y se quedó pensativa, como estudiando la contestación.

—No tengo, por mi parte, motivo alguno para desechar las pretensiones de Alfonso; pero puesto que de la felicidad de Lupe se trata, es á ella á quien toca resolver en este punto tan importante. Háblame ya hablado del cariño de Alfonso, y aunque al principio la veía poco inclinada á contestarle favorablemente, pareceme que ha cambiado de resolución.

El semblante de Doña Carmen resplandeció de alegría.

—¡Ah, señora! exclamó emocionada, ¡cuánto bien me hacen sus palabras!

Lupe vestida con sencillo y elegante traje de casa, entró en el salón, y cuando iba á tender la mano para saludar á Doña Carmen, ésta le abrió los brazos y la estrechó con efusión contra su pecho. La joven sintió calcinadas las mejillas

por las candentes lágrimas de la hermosa dama.

—Hija mía, hija mía, le dijo, ; cuánto gusto siento al tenerte entre mis brazos!

Lupe miró primero á su madre, luego á Doña Carmen, y lo comprendió todo; y en lo íntimo de su alma, se preparó para el gran sacrificio.

XII.

Los días han pasado relativamente tranquilos en casa de Don Antonio, quien aunque no tan expansivo con su hijo como en otro tiempo, no le muestra ya sañudo rostro. Doña Carmen está llena de esperanzas y sueña con la felicidad de su hijo; éste no se acuerda con tanta frecuencia de las tremendas impresiones de aquel día fatal en que tembló ante el enojado semblante de su padre, y ha olvidado los saludables propósitos formados en la suprema hora del dolor. Las no domadas pasiones empiezan á eruirse de nuevo, y los malos hábitos incitanle constantemente á la recaída. Va todos los días, en calidad de meritorio, al almacén de un colega de Don Anto-

nio, donde fué admitido por amistad y aun por dinero, debidos al señor Sifuentes, lo que pone al hijo á cubierto de toda reprensión.

Los primeros días, á las siete de la mañana estaba ya en el despacho; pero acostumbrado el rico heredero á trasnochiar y levantarse tarde, no tuvo fuerza de voluntad para vencer los malos hábitos, y poco á poco fué concurriendo al despacho más tarde, hasta llegar algunas veces cerca de las doce. Algunos de los dependientes de la casa mirábanle como un estorbo, y otros como un adorno; pero todos, siguiendo el ejemplo de su patrón, le guardaban las mayores consideraciones.

María Teresa, fuertemente impresionada con Guillermo, no pensaba sino en él: la exquisita cultura del joven, su trato, su talento, habían cautivado á la altiva rubia. á su pesar, pues nunca pensó en corresponder á Guillermo, é iba insensiblemente cayendo en las redes del traidor Cupido.

Alfonso, por insinuación de su madre, quien nada le había referido de su conferencia con Doña María, escribió á Lupe insistiendo en sus amorosos propósitos y acababa de recibir la contestación. Abrió la carta con trémula mano, leyóla con el

mayor interés, y como si se hubiera engañado, restregóse los ojos y volvió á leerla. No cabía duda, era cierta su dicha. El perfumado billete decía:

“Alfonso:

Ignoro si podré hacer su felicidad, pero lo procuraré con buen ánimo. Correspondo á su cariño, y Dios que dispone que la suerte de usted se una á la mía, velará por nuestro porvenir.

Guadalupe.”

Alfonso corrió en busca de su madre, le leyó la carta una y otra vez, enseñóse la también á María Teresa, quien sinceramente se alegró, pues quería á Lupe; pero á aquel cariño iba unido un extraño sentimiento que María Teresa no alcanzaba á definir: unas veces pensaba que era temor y otras respetuoso afecto.

Convínose entre madre é hijos que para celebrar el fausto acontecimiento se harían en casa unas posadas, pues aproximábase el 24 de Diciembre. María Teresa saltaba; Alfonso se frotaba las manos, ambos rebotantes de alegría.

—¿Quién, murmuró el joven, pide el permiso á papá? Yo no me atrevo.

—Yo me encargaré de hablar á Anto-

nio; pero desde luego impongo una condición: no se ha de bailar ni una sola noche.

—Pero mamá, dijo María Teresa, si el baile es lo más bonito de las posadas.

—Y no se opondrá á lo demás. Mira, mamá, primero rezamos mucho, muy devotos, y después bailamos también con mucha devoción.

—No, hijos míos, no me gusta esa absurda mezcla, desgraciadamente introducida por la moda de México; ó se baila ó se reza. Yo les prometo que otro día, cuando no haya posadas, bailarán mucho.

—Se me fué el gozo al pozo, dijo María Teresa, dejando de hacer monerías, y poniendo semitriste la encantadora faz:

—Pero á lo menos, mamá, repuso Alfonso, nos permitirás que, concluido el rezo, improvisemos concertitos.

—Sea, mas todo con el mayor orden posible.

—Pero yo no toco el piano delante de Lupe Figueroa, ella toca muy bien, dijo María Teresa, recobrando su animación.

—Tocarás, hermana, ve preparando tus vejestorios.

—¿Vejestorios las piezas de Elorduy que están de moda y han sido aplaudidas

en la culta Europa? Y usted, insigne maestro, ¿qué va á tocar?

--Yo.... ya verás que sorpresa les doy.

--Y bien, mamá, exclamó María Teresa, ¿cómo repartiremos los días? Mira, siéntate aquí. Tú, Alfonso, préstame tu lápiz. Ea, ya estoy lista. Vamos á ver. Primer día.... María Teresa cogió un papel, sentóse en actitud de escribir, se llevó la punta del lápiz á la boca, humedecióla con la lengua, y repitió:

--Primer día....

--El primer día debe tocar á los de casa, dijo Alfonso.

--¿Qué ocurrencia! Tú nada sabes. ¿Cómo han de ir primero los de casa? Por el contrario, debemos ser los últimos.

--Primer día....

--A Guillermo.

--No; es muy pronto.

--A Don Ignacio Minjares.

--Sí, sí; á Don Ignacio; es decir á Mercedes y á Anita Minjares. Ya está. Segundo día....

--A Guillermo.

--Y dale con Guillermo. Todavía no.

--Invitaremos para el segundo día á Lupe, porque si empieza la competencia, le obligaremos á gastar mucho, dijo Doña Carmen.

--Sí, sí; el segundo día á Lupe.

--¿El tercero?

--Para Guillermo.

--Está bien, ¿y el cuarto?

--Para Don Leandro.

--Magnífico. ¿Y el quinto?

--Para Pimpollo, que vive de sus rentas.

--¿El sexto?

--Para el Lic. Cortés.

--¿El séptimo?

--Los tres últimos días, dijo Doña Carmen, los tomaremos nosotros, que somos lo organizadores de la fiesta, y se repartirán entre ustedes y Antonio.

--Muy bien, dijo Alfonso, el séptimo día es de María Teresa, el octavo mío y el último de papá.

--No, el séptimo tuyo y el octavo mío.

--Que no.

--Que sí.

--Sé dócil, hijo; sea como dice María Teresa.

--Siempre ella ha de ganar.

--Por supuesto, contestó la rubia.

--Bueno, dijo Alfonso, pero usted hace el gasto de mi posada, porque yo estoy muy "bruja," y acarició á su madre con zalamería.

--Sí, hijo, yo lo haré.

--Y también el de la mía.

—Tú tienes tus ahorros.

—Pero no los gasto.

—Sí, sí; hermana, á abrir la alcancía.

—Que no la abro; los hará papá, y ya verán ustedes si mi día es el mejor de todos.

Acordóse que esa misma tarde se empezaría á invitar á los designados para que tomaran los días; que Doña Carmen, después de comer, aprovecharía la primera oportunidad para solicitar el permiso de Don Antonio. María Teresa desde luego empezó á pensar en la variedad de trajes que debía lucir durante los nueve días de fiestas, pues para ser verídicos, como debe serlo todo el que pinta las costumbres sociales, de lo menos que se acordó fué del Dios Niño, que por amor de los hombres, quiso nacer en humildad y pobreza.

Alfonso ya no pensaba en otra cosa sino en las felices horas que iba á pasar al lado de Lupe, y al calor de aquel sincero cariño, renacieron de nuevo sus ya olvidados propósitos de enmienda

XIII.

El lujoso salón de la casa del señor Sifuentes está henchido de convidados; hánse quitado los muebles de la cabecera, y en su lugar elévase improvisado altar cubierto de musgo y de nevada escarcha, y en el centro, en lo alto de la gradería, sobre pequeñas andas, las imágenes de María y de José, cuyas cabezas cubren anchos sombreritos de paja.

De los arcos de los corredores penden, entre lazos de verde heno, multitud de farolillos venecianos; los muros están adornados con guirnaldas de cedro y el suelo regado de perfumes. Es el día que toca á María Teresa y muéstrase afable y obsequiosa con todos.

Empieza el rezo de la novena. Doña Carmen hace coro, los invitados arrodíllanse frente al altar: los señores y señoras parecen devotos; las señoritas, distraídas ó preocupadas; los jóvenes, en su mayor parte, ven más á las señoritas que al altar, y los niños y niñas, sólo piensan en la solemne hora de la repartición de juguetes y dulces. María Teresa reparte velitas de colores que los invitados apresúranse á encender. Concluída la novena, Anita y Concha cargan en hombros las

andas con los peregrinos; tras ellas van Lola y Toña, que cantan la letanía, y luego siguen los demás, de dos en dos, que responden en coro. Lupe, desde la sala, los acompaña en el piano.

Pimpollo tiene un oído pésimo, y cantó un "ora, pro nobis" tan desafinado, que le valió un pellizco de Lolita é hizo reír á muchos. Durante la letanía, la procesión, grave y majestuosa, recorre los corredores de la casa, y sólo turba aquella solemnidad, alguno que otro cuchicheo de los jóvenes de ambos sexos, para quienes, en la oportunidad de hablar, les es imposible el silencio.

Al concluir la letanía con una tremenda desafinada de Pimpollo, que después de haber guardado cauteloso silencio, pensó que ya había cogido bien el tono. Lola, acompañada de una parte de la concurrencia, entra á la sala y cierra la puerta para responder á los peregrinos. La procesión hace alto frente á la cerrada puerta y Toña con otro grupo, canta:

"La cruda nevada
Nos tiene agobiados.
Por eso cansados,
Pedimos posada."

Responden los de adentro negándola,

hasta que después de reiteradas instancias, abren de par en par las puertas, y entre el sonido de los cascabeles, de los panderos, el tronar de las castañuelas y el agudo silbido de los "pitos de agua," oýense las voces que cantan:

"Abranse las puertas,
Rómpanse los velos,
Que viene á posar
El Dios de los cielos."

Apenas colocados de nuevo los peregrinos en el altar, los chicuelos, á quienes siguen luego los jóvenes de ambos sexos, cantan:

"María Teresa,
No te dilates,
con los confites
y cacahuates."

María Teresa, Alfonso y Don Antonio, preséntanse en el salón llevando en charolas japonesas, preciosos juguetes de cristal ó porcelana y canastillos de dulces, que reparten á los concurrentes, que los reciben con gusto, pero sólo los chiquillos manifiestan su alegría.

—Mira qué bonito me tocó á mí, dice éste. Es un niño jugando con un perro.

—Mira el mío, exclama otro, es un gatito dentro de la copa de un sombrero.

—¡A la piñata, á la piñata! gritaron varias voces.

—Sí, á la piñata, contestaron otras.

La piñata, suspendida en una cuerda amarrada á las columnas de corredores opuestos, pendía en el centro del patio, á una altura donde sin dificultad pudieran alcanzarle los golpes del armado brazo que había de romperla.

Los jóvenes, al divisar la piñata, lanzan un grito de sorpresa y júbilo: la olla de tosco barro había sido vestida por diestra mano con el genuino traje de los hijos del Celeste Imperio: anchas mangas, floreada túnica, calzado con las puntas encorvadas hacia arriba, bigotes lacios y caídos, luenga trenza, y las manos á la altura de los hombros, señalaban el cielo con ambos índices. Era el "Chin Chun Chan" de la zarzuela mexicana de ese nombre.

Entre la común algazara designóse á Concha para que fuese la primera en arremeter contra el inerme chino; vendóla Alfonso con pañuelo de seda impregnado de perfume; puso un bastón en la mano de la joven, colocóla frente á la piñata, asíóla de los brazos é hizóla dar algunas

vueltas á derecha é izquierda para desorientarla, y soltóla luego.

Concha, en medio del silencio y expectación de todos, con el cuerpo un poco inclinado hacia adelante y puesta en alto la ofensiva diestra, empezó á andar lentamente, como si contara los pasos; pero avanzaba en dirección casi opuesta al chino que columpiábase impentérrito sin temor al mortal golpe.

Pimpollo, á quien atraía más el imán de los traviosos ojos de Lola que la despanzurrada del colgado mongol, contemplaba extático á su adorado tormento, cuando Concha, creyendo, ó aparentando creer, que estaba frente á la piñata, apretando con ambas manos el extremo del bastón, descargó furioso golpe que no hallando resistencia dió contra el suelo, pero tocando antes la punta del pie de Pimpollo, y le hubiera dado de lleno en el cuerpo, si el señor Sifuentes, al oír un grito de los espectadores, no empujara ligeramente á Concha, desviando ésta la puntería.

—¡Ay, ay! exclamó Pimpollo levantando el mal herido pie, y aspiró por las junturas de los apretados dientes, todo el aire que pudo.

—¡Concha, dijo Lola, indignada, cómo eres perversa!

—No vi, hermanita, no vi. Dispense usted, Pimpollo.

—No es nada, dijo Pimpollo, haciéndose fuerte contra el dolor.

Anita saltaba anhelosa de que á ella tocara la gloria de romper la piñata.

—Véndenme á mí, gritaba, véndenme á mí.

—Ahora Anita, dijo Don Antonio á Alfonso.

Mientras el joven vendaba á Anita, ésta le dijo al oído:

—Alfonsito de mi alma, que vea yo un poco, nada más que un poquito.

Alfonso, bien fuera por complacer á la niña, bien por el ansia de que diese principio la velada organizada para esa noche, obsequió el deseo de Anita. Esta avanzó con seguro paso y dió tan tremendo bastonazo al desventurado chino, que cayó hecho trizas, y el suelo se regó de confites, colaciones, cacahuates, nueces, tejocotes, manzanas, limas y naranjas. Una parvada de chiquillos, y muchas señoritas, entre gritos de júbilo, lanzáronse sobre aquellos dulces despojos, y á dos manos, con febril ansiedad los recogieron.

Poco después la concurrencia, reunida en el salón, oía la primera pieza. María Teresa, con donaire y expresión, aunque no con maestría, tocaba en el piano el

vals de salón "Toujours," de Elorduy. Un nutrido aplauso resonó cuando la gentil rubia hubo concluido. Se levantó satisfecha, y Guillermo corrió á ofrecerle el brazo para conducirla á su asiento.

—Has tocado perfectamente.

—¿Te gustó?

—Mucho, mucho.

—Si acaso toqué bien, fué porque estuve pensando que tocaba para tí. ¿Qué cara ponían los demás, no me criticaron?

—Todos te escuchaban con atención.

—Estos novios, dijo Concha á Mercedes, ya no respetan á la concurrencia.

—Y mira qué cara pone el abogado sin pleitos, contestó Mercedes, señalando á Ernesto con los ojos.

Sirvióse un ponche caliente, aromático y suave, y en seguida, Anita en pie, en la cabecera del salón, en correcta actitud, posesionada del sentido de la composición, con voz dulce y vibrante, oportunamente modulada, recitó los versos de Gutiérrez Nájera: "Para, entonces." No sólo fué aplaudida la simpática niña, sino que algunas de sus amigas la abrazaron, y su papá, satisfecho y orgulloso, le acarició una mejilla.

No cabía en sí Anita, de gozo, y hasta su paso al volver al asiento, del brazo

de Alfonso, era más majestuoso y arrogante.

—¿Te gustó? dijo en voz baja Concha, á Lola; que la manden á México á estudiar declamación.

Lola no respondió, le tocaba su turno y ya Lupe le daba el tono en el piano. Levantóse, aceptó el brazo que Guillermo le ofrecía, y moviendo suavemente la cabeza, colocóse al lado de Lupe, que iba á acompañarla. Luego cantó la sentimental romanza: "Si tú me amaras," con voz dulce, aunque no voluminosa, con irreprochable escuela, y sobre todo, con profundo sentimiento. Cuando en la garganta de la joven se apagó gradualmente el sonido de la última nota, estalló nutridísimo aplauso, sólo Pimpollo, boquiabierto y conmovido, no podía moverse: las lágrimas surcaban sus mejillas, y no se percató de ello hasta que Tofia, compadecida de aquel dolor, le ofreció un pañuelo, poniendo una cara muy compungida, pero sin abandonar la sonrisa, que parecía estereotipada en aquella monísima boca.

Guillermo estaba inquieto, las anteriores noches había hablado á María Teresa respecto de matrimonio: quería ya dar el paso formal que fijara su dicha; pero la hija del banquero había cautelosamente evadido la contestación, lo que impresio-

nó amargamente á Guillermo; éste, aprovechando el momento que le pareció más oportuno, se acercó á su novia y le dijo:

—María Teresa, nada me resuelves aún de lo que te he dicho.

—¿Qué? Guillermo.

—Necesito tu consentimiento para pedir tu mano.

—No, Guillermo, ¡Dios me libre! dijo asustada, escapándosele por irreflexión una frase, que si acaso tenía en el corazón, por nada hubiera deseado que saliese á su labios. Quería á Guillermo, le amaba tal vez, pues en él pensaba con mucha más frecuencia de lo que ella quería; pero era tan feliz en la opulencia, que Guillermo por entonces no podía darle; gozaba de tantas consideraciones en la alta jerarquía social, que acaso no sostendría al lado del joven, que aquel carácter superficial, aunque en el fondo bueno, tembló ante la pretensión del enamorado doncel.

Guillermo sintió un terrible golpe en el corazón; parecióle que la sangre se agolpaba á su cerebro, y con inseguro paso se retiró y sentóse en un ángulo del salón.

Concha estaba ya en su puesto, y con gracia y buena voz recitó el monólogo

del poeta zacatecano Ignacio Flores Maciel, intitulado: "Margaritas."

Repitiéronse los aplausos, y Alfonso, después de obsequiar á los concurrentes, con pasteles, frutas secas y otro vaso del delicioso ponche, dió el brazo á Lupe y la condujo al piano. Esa noche estaba la melancólica morena, deslumbrante de belleza. Tocó con verdadero arte los aires nacionales del maestro mexicano Ricardo Castro. La nerviosa Lola, inconscientemente, mientras Lupe tocaba, arrebatada por las armonías de la música, y llevando el compás con el diminuto pie, empezó á tararear lo que ésta tocaba. Contóvole Concha tirándole de la falda, y Lolita, sorprendida, hundió un poco la cabeza en los hombros, sacó y metió rápidamente la punta de la lengua y ahogó en la garganta la última apagada nota del tema que empezaba á tararear.

Concluído que hubo Lupe los entusiasmados aires nacionales, recibió una verdadera ovación. Levantóse, y, semiaturdida por los nutridos aplausos, asióse del brazo de su novio.

Ernesto no había vuelto á hablar de su amor á la altiva María Teresa; pero observaba hasta en sus mínimos pormenores, sus relaciones con Guillermo. Durante las posadas habíase conformado con gran-

jearse por medio de la lisonja, en el uso de la cual era consumado maestro, la simpatía del señor Sifuentes, y lo había conseguido.

El talento, el juicio, la experiencia, son menos fuertes que la adulación, porque tiene el poderoso auxilio del amor propio. Habíase divertido también en galantear á Toña Flores, pero en el mayor secreto posible. La perspicaz joven comprendió la bravura del abogado, y hábilmente le rechazó sin abandonar su eterna sonrisa, y aun le humilló lanzando habladoras miradas á Pimpollo, quien al resplandor de ellas y á los remolinos de aquellos hoyuelos, que se abrían y cerraban en suaves y sonrosadas mejillas, desvaneciase, á pesar de haberse consagrado en cuerpo y alma á su adorable Lola.

Tocaba el turno á Toña, y el Lic. Cortés ofrecióle el brazo.

—Mil felicidades, le dijo Mercedes al pasar junto á ella.

—A tu salud, contestó.

—Y á la del señor Licenciado.

¡Cosa singular! Ni cuando cantaba Toña perdía su rostro aquella expresión de perenne alegría. La voz de la joven era limpia y robusta, de más volumen que la de Lola, pero tenía menos escuela que ésta. El salón se llenó con las armonías

de aquella voz que cantó la romanza: "Adiós á una paloma," del maestro mexicano Melesio Morales.

La ovación fué ruidosa: pero las más calurosas felicitaciones que recibió Toña, fueron las del Lic. Cortés.

Era ya la media noche cuando terminó la fiesta. El señor Sifuentes invitó para la noche siguiente, que á él tocaba, y sería digno remate de aquellas posadas, pues tal noche haría época en los anales zacatecanos.

XIV.

Guillermo vivía en dos cuartos que había rentado en casa de una honrada señora de edad más que madura, cuyo único patrimonio era la finca que habitaba; esta tenía algunos cuartos independientes con vista á la calle, generalmente rentados. Con esas rentas y la de los dos cuartos interiores que rentaba Guillermo, tenía la buena señora para pagar las comesturas y contribuciones de la finca, vestirse y vestir á una antigua y fiel criada, á quien veía y trataba como de la familia; además asistía á Guillermo, y lo que éste pagaba por sus alimentos y el aspo de su

ropa, bastaba para el sustento de los tres, razón por lo cual aquellas buenas mujeres querían mucho al joven, que por otra parte, no las molestaba absolutamente en nada.

Uno de los cuartos servía á Guillermo de dormitorio y el otro de estudio, y en él también recibía á sus amigos. Para habitación de soltero la casa de Guillermo estaba magnífica: los muebles, aunque pocos, eran todos buenos y reinaba el orden y la limpieza en todo.

Muy preocupado salió el joven de la casa del banquero el penúltimo día de las posadas; poco á poco aquella preocupación trocóse en mortal tristeza, y cuando llegó á su casa dió rienda suelta al reprimido llanto.

—María Teresa no me ama, exclamaba con angustia. Y yo que en ella he puesto toda mi dicha. Y soy solo en el mundo; no tengo padres, no tengo hermanos, no tengo íntimos amigos con quienes desahogarme. ¿Qué haré, Dios mío? y rompía á llorar como un niño.

Después de largo rato de abatimiento, rectificó sus anteriores ideas.

—Sí, tengo una amiga, dijo, Lupe; y el recuerdo de aquella amistad de su infancia fué una gota de almíbar que se per

dió en la inmensa amargura que ahoga-
ba su corazón.

Guillermo tenía claro talento, y á pesar de su amor, que como toda pasión suele obscurecer los más despejados entendimientos, comprendió que María Teresa no le juzgaba digno de ella, y sintió en toda su fuerza el peso de la humillación. Tenía también el enamorado joven sólida virtud, pero ni ésta, á no ser por maravilla de la gracia, cura completamente del amor propio al hombre, por virtuoso que sea: la soberbia, generadora de todos los males, es más sutil que el aire que respiramos, nos cerca, nos acosa, y logra penetrar, aunque sea en tenuísimas ondas, y hasta á los más buenos corazones, desde la cuna tiénelos impregnados del mortal olor de la vanidad. Sintió, pues, Guillermo, erguirse pujante el amor propio, herido por tremendo golpe. En vano quería buscar otros motivos que racionalmente fundasen la negativa de su amada á ser su esposa, todos parecíanle improbables ó fútiles, y aquellas palabras "Dios me libre," vibraban constantemente en su oído.

Quizá, pensaba algunas veces, el rencor que el señor Sifuentes tuvo para con mi padre alcance hasta mí, y María Teresa tema disgustarle; pero jamás me ha

dicho nada de esto, y si me amara, aun contra su voluntad, algo se le hubiese escapado, porque tal circunstancia hubiérale hondamente impresionado. Tal vez espera que mi laboriosidad y buena conducta me grangeen fortuna y posición social, y quiera deberlo todo á mis propios esfuerzos; pero no, cuando una mujer se forja ilusión tan hermosa, forzosamente habla de ella con el singular encanto que para la joven amante tienen las ilusiones, y María Teresa nunca me ha hablado de esto. ¡Oh, cuánto hubieran aumentado mis fuerzas si alguna vez me hubiese hablado de tal manera! Su dulce y cariñosa voz hubiérame dado incomparable energía. Y si el recuerdo de mi amado padre, que siempre me enseñó, con la palabra y el ejemplo, el amor á Dios y al trabajo, ha sido mi salvaguardia contra los vicios, ¿no hubiera aumentado mi fortaleza si también la tierna voz de mi amada hubiera sido eco dulce de la santa voz de mi padre?

¿Acaso María Teresa correspondió á mi cariño con la ligereza de algunas jóvenes, sólo por la pueril vanidad de tener novio? No, no; el Lic. Cortés la pretendió también, y sin embargo, fuí yo el preferido por ella.

Agitado por estos ó semejantes pensa-

mientos, Guillermo no pudo dormir, y sorprendiólo la luz de la mañana sin haber cerrado los ojos. Sintió que el corazón angustiado necesitaba de los consuelos de la amistad; abandonó el muelle lecho, que aquella noche había sido para él muy espinoso; púsose el sombrero, calzóse los guantes de invierno y se dirigió á casa de Lupe.

La mañana estaba melancólica y fría; un vientecillo seco y delgado penetraba hasta los huesos. Guillermo llegó á la casa de Lupe, llamó á la puerta, Paula abrió. Ni la señora ni la niña estaban en casa, habían ido á misa, no tardarían en volver.

La casa de la dulce amiga de su infancia, parecióle triste, muy triste; ni las plantas del patio tenían follaje, ni lucían las macetas sus gayas flores, ni cantaban alegres los canarios.

—Se desayunaron ya las señoras? preguntó Guillermo.

—No, señor.

—Las espero y me desayuno con ellas.

Guillermo se dirigió al cuartito donde escribía y cosía Lupe, sentóse en una poltrona, inclinó la cabeza apoyándola en la palma de la mano izquierda y se quedó largo rato pensativo. Después tomó maquinalmente de la mesita que cerca de

él estaba, un cuadernillo manuscrito con letra de Lupe, era una colección de recetas de cocina. En la primera página se leía el nombre de "Guillermo." Lupe, pensó, se acuerda de mí, es más fiel que yo, á nuestra antigua amistad. Volvió la hoja, y otra vez leyó "Guillermo;" avivóse su curiosidad y continuó volteando las hojas; en todas ellas estaba su nombre; en la última dos juntos: "Guillermo y Guadalupe;" pero el segundo hallábase tachado con una gruesa línea que atravesaba todas las letras.

Asustado, como si hubiese descubierto un secreto, dejó el cuaderno en su lugar y fué á la sala á esperar á sus amigas.

Un pensamiento cruzó por la mente del joven, pero lo desechó, acordándose de que Lupe era ya la prometida de Alfonso Sifuentes.

Poco después sintió que entraban Doña María y Lupe, y viendo abierta la puerta de la sala, se dirigieron á ésta; ambas, al mirarlo, lanzaron una exclamación de sorpresa.

—¿Tan temprano por aquí, Guillermo?, dijo Lupe, saludándole cariñosamente.

—Te empeñaste en sorprendernos, y lo conseguiste, travieso, murmuró Doña María, saludando también al joven.

—El desayuno está en la mesa, dijo Paula.

—Por supuesto que también harías chocolate para Guillermo.

—Sí señora, ya él me había dicho que se desayunaba aquí.

—Ya lo ven ustedes, ahora sí hay enmienda, y muy sincera.

—Todavía no creo en ella, repuso Lupe.

—Yo venceré esa obstinación. Lupe, desde que saludó á Guillermo, se había fijado en el macilento rostro de éste, y sintió vivísima pena.

Guillermo casi no pudo desayunarse, abrió enteramente su corazón á madre é hija; refirióles todo, absolutamente todo, sus ilusiones, sus temores, sus hondos sufrimientos.

—Perdónenme ustedes, dijo, he sido demasiado expansivo, pero soy sólo en el mundo y necesitaba desahogarme con ustedes, que me conocen y me comprenden, y lloró como un niño.

—Que te conocen, te comprenden y te quieren, dijo conmovida Doña María. Vamos, hijo mío, añadió con dulzura, enjuga esas lágrimas; para todas las cosas hay remedio.

Lupe no pudo hablar, lloraba también, y cuando Guillermo alzó la cabeza bus-

cando á Lupe para oír también su dulce acento que le confortara, los ojos del joven encontráronse con una mirada de infinita ternura que lo decía todo. Guillermo inclinó su rostro bañado por los fulgores de aquella mirada, y murmuró en lo íntimo de su corazón:

—¡Insensato de mí, cuán tarde lo he comprendido!

 XV.

Alfonso iba ya al almacén donde le había colocado su padre, solamente entrada por salida; ni él hacía el menor caso de su patrón y camaradas, ni éstos de él. Cuando el señor Sifuentes mandaba preguntar si su hijo se portaba bien, el patrón contestaba siempre que sí, pues temía que la separación de Alfonso originara la inmediata reclamación de algunas cantidades que debía á Don Antonio, todas de plazos vencidos y prorrogados, sin interés alguno.

Alfonso empezó de buena fe la lucha contra los malos hábitos, y aun en los primeros días tuvo algunos bríos, cuanto era posible tenerlos en el estado de debilidad á que tales hábitos conducen; pero